

Abordad, con propósito igual de conciliación y de paz, el mundo político y social.

La Iglesia y el Estado no deben ser instituciones enemigas, adversarias, que no aspiren sino á dominarse y á destruirse. La una, la Iglesia, es indestructible por derecho divino; la otra, el Estado, es indestructible por derecho natural. Son queridas de Dios, creador y salvador, para el progreso y la salud del hombre. Sus dominios son inseparables, aunque distintos y subordinados; la una se extiende á la conciencia, á la alma y á su eterno destino; la otra se limita á la materia, al hombre exterior, á sus manifestaciones en el medio social, á sus derechos de vivir, de crear, de obrar y de implantarse en él con la verdad, el derecho, la justicia y la paz.

El verdadero creyente se afana por ser el ciudadano irreprochable de estos dos Imperios. Hijo sumiso de la Iglesia, sabe obedecer á todas las leyes justas de la patria y aún sufrir las leyes iníquas. Sabe conservarse en el medio prudente y glorioso, entre la llana servidumbre y la rebelión ruidosa. Su robusta fe en la justicia le enseña la longanimidad y la paciencia. No se le encontrará ni entre los anarquistas cuyo natural salvaje no aspira sino á destruir, ni entre los serviles cuya cobardía y temor alientan todas las tiranías. Es de la raza de aquellos que saben resistir y morir más bien que mancharse y envilecerse. Manumiso de Dios, prefiere las tempestades de la libertad á las calmas llanas de la opresión. Su fe tiene necesidad de libertad para vivir y producirse y por esto la pide á todos los poderes humanos hasta obtenerla. Y si, á pesar de sus imperfecciones, la libertad ha impuesto su reinado á las sociedades modernas ¿no es á Jesucristo, al libertador de las conciencias, al primogénito de los hijos libres de Dios, á quien las sociedades modernas deben este honor?

Defended, amigos míos, esta conquista del Cristo cada vez que se vea amenazada por el tirano popular, parlamentario aristocrático y monárquico. Al primer sonido de cadenas levantaos. No os adormezcais nunca, pues esta conquista no es jamás definitiva; quiere siempre ser defendida y ensanchada.

Nada os diré, amigos míos, del antagonismo de los partidos políticos. Pasa al segundo rango, se borra y desaparece ante el conflicto de las clases, cuyos rumores llenan el fin de este siglo. Llevad allí también el mismo espíritu de conciliación y de paz; reprobad la violencia y el odio siempre estériles y homicidas; flagelad la opresión egoísta, siempre corruptora; ellas son las que provocan las reivindicaciones sangrientas y las venganzas feroces. La injusticia consagrada por la costumbre y aún por la opinión engendra el desorden; una sociedad no vivirá en paz si los derechos de todos no están afianzados.

No imiteis á aquellos que tienen la voz alta y la acción, baja, á aquellos que hablan ó que escriben y que no obran, á aquellos que se suponen ser los censores de la moral pública y que obran á la manera de los culpables contra los cuales lanzan sus anatemas.

¿Poseéis fortuna? Sabed usarla, no sólo en vuestro provecho sino en el bien de todos. Ponedla al servicio de los hombres de pensamiento y de los hombres de trabajo; no os contentéis con ser un rico harto de bienestar; y si por vosotros mismos no podeis crear y obrar, asociaos á aquellos que piensan y trabajan.

El capital de que sois detentadores no quiere permanecer estéril; no teneis el derecho de conservarlo inerte. Es una fuerza de Dios; si la teneis cautiva estallará como el rayo.

¿Teneis trabajadores á quienes dirigir? Tratadlos como

hombres; que ni uno sólo de ellos ni de sus mujeres ni de sus hijos sufra á causa vuestra; que, sobre todo, ni uno esté en la miseria ni sea presa del hambre.

Y, si por acaso la estricta justicia no os obligase á mejorar la suerte de vuestros obreros, ¿la caridad no sería suficiente para convertirlo en deber superior? Ahora bien, la caridad es la ley suprema de todos los discípulos del Cristo.

Trabajo, justicia, caridad: hé aquí el código pacífico de las sociedades nuevas.

Practicadlo, amigos míos, á fin de honrar á vuestro Maestro. Publicadlo, propagadlo. El anatema ha sido de una vez para siempre lanzado sobre todo aquel que sea holgazán, inícuo sin entrañas. Las conciencias tiemblan, en este siglo, contra aquellos que nada hacen ó que se hartan en su opulencia egoísta, contra los fuertes que explotan á los débiles en la iniquidad, contra los poderosos que pudiendo atenuar la miseria la dejan extenderse y envenenar como lepra devoradora.

No esperéis para hacer el bien á que este código de la paz sea sancionado por el Parlamento, y á que el Estado lo haga obligatorio civilmente: esperaríais tal vez muy largo tiempo.

El bien insta, y además la conciencia le basta al discípulo de Cristo; ¿y vuestro Maestro no ha obligado ya á vuestra conciencia?

Las leyes exteriores consagran el bien más aun de lo que lo producen. Los malos saben escapar á su acción, y los hombres de corazón justo no aguardan á su promulgación para hacer bien. Sin considerar á las leyes absolutamente estériles, las reconozco insuficientes; no es la legislación la que apaciguará á nuestra sociedad agitada por el antagonismo de las clases; la justicia y la bondad son las que

inundarán como dos ríos sagrados á la humanidad entera. Mas, es preciso saber que estos dos ríos tienen su manantial infinito al pié de la cruz donde Jesús murió por bondad, víctima de la justicia eterna.

Obrando de este modo, amigos míos, estareis seguros de glorificar á Jesucristo, vuestro Maestro, de extender su reino que es el reino de Dios, de trabajar por el bien de vuestro país y por el de la humanidad; pues trabajaréis por el progreso de la verdad, de la justicia y de la paz.

Estos progresos son lentos, apenas perceptibles en nuestras vidas humanas de tan corta duración. El discípulo del Cristo no conoce ni las impacencias presurosas, ni el desaliento. Que otros, cansados por la lucha y por la aparente esterilidad del esfuerzo, caigan víctimas de su falta de fe, nieguen el bien y desesperen del porvenir, se comprende; pero el que ha puesto su confianza entera en el Maestro de la vida, conoce las detenciones de Dios y ni se admira ni se conmueve; sabe que el Cristo ha vencido al mal en él y en sus discípulos; sabe que el grano sembrado por él en la humanidad crece en secreto,—quiera ó no el hombre, duerma ó vele,—y su conciencia, en la que los progresos divinos se han cumplido, le abre los ojos para percibir los que ha realizado el Espíritu de Dios en el conjunto de las sociedades humanas.

Este conocimiento le aplaca y le torna fuerte contra el mal. ¿Como podría espantarse y temblar cuando cada día triunfa con el socorro de su Maestro?

En esto está el secreto de su mansedumbre y de su invencible tolerancia. No pide el fuego del cielo para los malvados, ni para las ciudades y las naciones inhospitalarias. No arranca brutalmente la cizaña en el campo del padre de familia, detenido por el temor de que al extirparla

arranque también la buena espiga. No teme el ser pervertido y Dios mediante, espera convertir. La docilidad infinita de su Maestro lo ha penetrado, recuerda la palabra: *Bienaventurados los mansos porque ellos poseerán la tierra.* Repugna la violencia, pues sabe que no hace presa de las conciencias porque una conciencia cerrada es irreductible. Siente en sí ser el Hijo del Padre que hace salir el sol para los buenos y para los malos; es bueno para todos, al ejemplo del Padre, y si su bondad es impotente al menos le queda la alegría de haber amado!

El mundo pertenecerá, tarde que temprano y según la palabra de Jesús, á la raza de los Hijos de Dios, de los mansos y de los tolerantes. La virtud de la mansedumbre, de la tolerancia, es tal que los opresores pérfidos se cubren con ella, como con una máscara y siempre en el nombre de la libertad os encadenan y os oprimen.

Sin embargo, amigos míos, no conviene que renunciéis á la fuerza. Adquiridlo, poseedla, aunque sea sólo para daros la gloria de no usarla.

Jesús tenía la fuerza infinita de Dios: le plugo, para darnos ejemplo, no mostrarla sino en servicio de los hombres, para curarlos y resucitarlos; renunció á emplearla en defensa propia, pues su destino divino era caer víctima bajo los golpes de sus enemigos.

Pero para nosotros que tenemos que defender á nuestros hogares y á nuestro país en este mundo, en el que los pueblos se envidian, se acechan, se amenazan como bestias bravias, el deber consiste en trabajar por dotar á nuestra patria de todas las fuerzas intelectuales, morales y materiales, para resguardar nuestro honor nacional, para aterrorizar á los pueblos que nos amenazan, para defender y vengar al derecho oprimido, para levantar una barrera infranqueable entre la Justicia, la Santa Justicia y las sacri-

legas agresiones de la fuerza. La honra del discípulo del Cristo es portar la espada, no como arma ofensiva y de ataque, sino como arma de defensa para contener á la bestia humana y para forzarla—por el terror, si ello fuere preciso—sino al respeto, cuando menos á la impotencia.

Sed caballeros bondadosos y dociles, amigos míos, recordando á vuestros abuelos y al genio de vuestra raza, que ha amado siempre el guerrear, pero contra el fuerte y en favor del débil, contra el fuerte insolente, en favor del débil oprimido y que pide socorro.

La víspera de entrar á la vida libre es preciso vestirse la armadura de los militantes y de los fuertes.

La de mejor temple, la más impenetrable á los golpes, la más triunfadora contra el mal, es la fé en Jesucristo. Recibid pues, la armadura de Dios; cubiertos y rodeados por ella, amigos míos, nada temereis. Vuestra razón quedará imperturbable en medio de las seducciones del error; vuestra conciencia no cederá á viles compromisos y vuestra libertad no conocerá el desfallecimiento ni la irritación.

Tomad atrevidamente sitio entre los que obran y entre los que luchan.

Abrid vuestro corazón á las viriles, á las santas indignaciones contra el mal, cualesquiera que sean las formas que revista: la del error, la de la corrupción, la de la venalidad, la de la violencia y de la astucia, la del egoísmo, la del odio ó la de la lujuria.

Huid de los holgazanes y de los sibaritas.

Dejad á la turba abalanzarse al placer arrebatada al anejo de sus locas pasiones. El bienestar moderno no debe corromperos, únicamente servirá para ahorraros las luchas inferiores por la vida, para emancipar á vuestra actividad

y para permitirle librar los elevados y nobles combates del espíritu.

El Maestro á quien servís es el gran renovador de la humanidad; ha quebrado el círculo vicioso en el cual ésta durante muchos siglos arrastró sus miserias, sus errores y su corrupción; mostraos dignos del Maestro.

Presentaos siempre en la primera fila de los verdaderos iniciadores y de los progresistas infatigables. No os deis jamás por satisfechos, estad como el Cristo, siempre devorados de sed inextinguible de verdad, de virtud, de justicia y de caridad.

El hombre tiene continuamente algo que enseñar: aprended, buscad, trabajad en la extensión de la luz, procurando ensanchar los límites de su reino.

Las sociedades están siempre á diferentes grados oprimidas por el mal y por la injusticia; no os resignéis jamás al imperio del mal y de la injusticia; obrad y sufrid, luchad y morid para que este imperio se atenúe; y supuesto que, en nuestra democrática edad, un impulso divino arrastra á las conciencias á un reparto más equitativo de todos los bienes terrenales, dilatad vuestro corazón y dejadlo palpitar con la esperanza de este orden nuevo en el cual la fuerza no tendrá primacía sobre el derecho, y en el que el derecho gobernará á la fuerza.

No deis oídos á los que prediquen la vida de los goces. Los jóvenes que se dejan encantar por la voz de Circeo van á caer al abismo de la lujuria.

Aquellos á quienes el placer ha enervado son incapaces de las grandes luchas en favor de la verdad y la justicia. Desperdiciando sus fuerzas vivas se empobrecen: el venero de las voluntades heroicas, de los entusiasmos desbordantes, de las inmutables y largas resoluciones, de las santas audacias y de las dilatadas esperanzas, el venero de todos

estos tesoros de vitalidad sin los que nada que sea grande acontece, está agotado en ellos.

Podrán intentar y ejecutar obras mezquinas, frágiles, efímeras; pero no harán nada superior. Buscurán lo pulido, lo elegante, lo bonito, lo fantástico y no sospecharán lo que es robusto, sublime y eterno. Anemiados en su propio sér, todo lo que de ellos salga en ciencia, en filosofía, en política, en arte, aún en religión, estará herido de anemia y languidez. Su misma virtud, si es que la tienen, será una virtud de enfermo ó de convaleciente.

Os escribo á vosotros los jóvenes, amigos míos, para que seáis fuertes: y os doy el secreto de la fuerza en la resistencia al mal que se ofrece bajo la forma de nuestras pasiones. Sacrificadlas, domadlas por la fé y acumulareis en vosotros las santas reservas que pondrá en movimiento hacia el Bien el Espíritu de Dios con su soplo irresistible.

Escuchareis rugir á vuestro rededor el viento de la incredulidad, envolviendo á las masas en su torbellino y aún arrastrando á montones á los letrados, á los sabios y á los dueños de la opinión y del poder. Conservaos tranquilos en esta tempestad; vuestra fuerza no reside en el número, en el talento, en el poder, en la ciencia y la filosofía, ni en el dinero—en este dios de las sociedades decadentes y sin fe;—no; vuestra fuerza está en el Cristo que os ha escogido y que os asiste, en su palabra en la que se ocultan tesoros de sabiduría y de inteligencia, en su ley de justicia y de amor fuera de la cual todo está destinado á la ruina, en su incoercible Espíritu que se ha apoderado de la tierra y de la humanidad y en contra del que no prevalecerá nada terrenal ni humano.

¿Eran acaso una legión los primeros discípulos del Maestro? Poseían la fortuna, el poder, la ciencia y la sabidu-

ría mundanas? No, se prevalecían únicamente de la fuerza y la virtud de Dios con las cuales les había armado el Cristo. Y este puñado de hombres, estos pobres, estos ignorantes, estos impotentes, desafiados como el desecho del mundo y de su pueblo, han salvado á la humanidad y han vencido á la corrupción universal.

Lo que ellos ejecutaron, puede el espíritu por el cual lo hicieron renovarlo.

Que este espíritu os anime con total esperanza.

El mundo democrático moderno está por conquistar como el mundo antiguo del paganismo; sed del número de los creyentes que sueñan conquistarlo á la Fe, de aquellos que trabajan en secreto ó á la luz del día en favor de esta conquista, de los que saben que se cumplirá á la hora marcada por Dios; pues escuchan en su espíritu siempre actual, siempre vibrante, siempre alentadora, la palabra del Cristo á sus discípulos de todos los tiempos: *No temais pequeño rebaño, pues el Padre le plugo daros el Reino.*

Aún en este mundo, el triunfo, el Reino está en el Bien.

A pesar de las luchas y de las derrotas parciales, la victoria es de los que saben, de los que quieren, de los que aman y de los que mueren.

Sabemos que el Cristo ha instruido sobre el hombre, sobre su ley y sobre su doctrina por soluciones definitivas. Queremos nosotros á quienes la Fe anima y arrastra hacia lo Infinito. Amamos nosotros á quienes Dios ha amado hasta en la muerte y que hemos sido bautizados con su sangre vertida por amor. Morimos, nosotros, que á través de todos los siglos, sobre todas las riveras y bajo todos los cielos, damos nuestra vida con el Cristo en testimonio de nuestra fidelidad y de la verdad de su palabra.

Leed estas páginas, amigos míos, con vuestro corazón y vuestra conciencia. Si mi palabra helada y enteramente

pálida pudiese aportar á vuestra Fe alguna luz y alguna energía, esclarecerla ó afirmarla, si pudiese suscitar entre vosotros discípulos más ardientes y más resueltos de Jesucristo, mi mejor ambición estaría satisfecha y habría recibido de Dios, por vuestro medio, la verdadera recompensa, la única digna de ser soñada por un apóstol.

FR. H. DIDON.

Arcueil, el 12 de Febrero de 1894.

